

ganado durante la guerra. Estas miras sutiles del ministro director eran las del emperador mismo, que habiendo sido abandonado más de una vez por sus aliados, se creía con derecho para salir del naufragio de la vieja Europa como pudiera, lo cual no le impedía querer á su hija la emperatriz de los franceses y dirigir votos al cielo para que fuera venturosa. Pero como soberano ante todo de un estado vencido, mermado, aspiraba á restaurarle con el auxilio de la política, ya que no le había salido bien la guerra contra su terrible yerno.

Así el emperador dejaba á la corte proceder á su gusto, aunque sin tomar parte en ninguna de sus manifestaciones; escribía las cartas más cariñosas á su hija, se congratulaba de saber que estaba contenta de su suerte, estimulaba á su ministro á tratar lenta y prudentemente con Francia, consentía desde luego en ayudar á ésta en Turquía, porque se trataba allí de impedir á los rusos hacerse dueños de las provincias del Danubio, y permitía que se le hiciera esperar la alianza austriaca en el caso de nuevas complicaciones europeas, bien que á condición de sólidas ventajas. Pero aun entrando respecto de este punto en las intenciones de su yerno, quería que no cesara de aconsejarle la paz, pues fuerza es reconocer en su alabanza que, habiendo visto este emperador prudente los muchos males que en el actual siglo traía la guerra, prefería la paz quedándose tal como estaba, á la guerra que le pudiera restituir algo de lo perdido.

Por lo demás, Mr. de Metternich entraba en esta política profundamente; pero la acción empeña más de lo que se quiere, y así quizá se inclinaba algo más que el emperador á nosotros, porque obligado todos los días á tener en su mano la nuestra, no era fácil tenerla á medias. «No os inquiete, decía á Mr. de Otto, lo que se propale en la corte. Tales como las veis son las mujeres, necesitan hablar y hablan según la moda del día; dejémoslas que hablen y obremos nosotros.» Y seguidamente explicaba lo que entendía por obrar con acierto. Este ministro, uno de los más eminentes que han dirigido la política austriaca, dado al lujo y á los placeres del mundo, con gran afición á hablar, á disertar y enseñar ocultando bajo formas dogmáticas una sagacidad profunda, blasonando de sincero, siéndolo á menudo, poseyendo entre muchas relevantes prendas la de no conceder á las pasiones que le rodeaban más que satisfacciones en palabras, pero no dejándose llevar realmente sino por el interés de su país entendido en extensa escala, espíritu superior en suma llamado á ejercer durante cuarenta años una influencia inmensa sobre Europa, decía á Mr. Otto con una singular mezcla de abandono, de cordialidad y de confianza en sí mismo: «Dejadme obrar y todo saldrá á maravilla. Vuestro soberano quiere ir demasiado aprisa en todo. En Constantinopla no hacéis más que cometer faltas, creyendo que los turcos son bestias á quienes se maneja á palos: estas bestias han llegado á ser tan sutiles como vosotros; ya ven las especulaciones de que son objeto por parte de todo el mundo y de la vuestra especialmente: saben que los entregasteis á los rusos en 1807, que ahora deseáis atraerlos y servirlos de ellos contra los rusos; es menester que os convenzáis de que os detestan y de que cuanto les decís les suena en sentido contrario de vuestros deseos. Hacedos atrás,

sed reservados en Constantinopla, y nosotros arrancaremos de manos de los rusos la rica presa que tuvisteis la imprudencia de abandonarles. Fiaos de mí, y los turcos no cederán la Moldavia ni la Valaquía. Pero, por favor, mostraos lo menos posible. Todo consejo vuestro es sospechoso en Constantinopla.»

Estas amonestaciones tan prudentes como profundas revelaban un estado de cosas muy verdadero por desgracia. Cuando se llegaba á hablar de las probabilidades de guerra con Rusia, Mr. de Metternich aconsejaba la paz muy de plano, diciendo que, grande como era Napoleón, podía ser que le hiciera traición la fortuna, pues se la había hecho á muchos grandes hombres; que sin duda estaban en su favor todas las eventualidades; que sin embargo convenía mejor no ponerse en juego de continuo; que si por dicha pensaba Napoleón del mismo modo, nada deseaba más que entremeterse, servir de mediador cerca de Rusia, y que probablemente saldría airoso; que Austria estaba obligada á mirar muy despacio lo que hacía, hallándose cansada por extremo, necesitando de reposo, y que para arrastrarla á servir á Francia en una guerra que contrariaba las inclinaciones de la nación austriaca, se requería un galardón correspondiente á tal esfuerzo y capaz de cerrar la boca á todos los descreídos en la política de entonces.

Estas palabras y otras intercaladas con las más altas teorías indicaban claramente que al precio de una provincia se tendría un ejército austriaco, al modo que por la Finlandia se tuvo antes un ejército ruso. Pero Monsieur Otto en Viena y Mr. de Basano en París tenían órdenes de envolverse en tantas nubes como Mr. de Metternich, siempre que se tratara de Iliria y de Polonia, y de decir que la guerra era comunmente fecunda en consecuencias, que el botín no se podía repartir de antemano, pero que con Napoleón los aliados que le eran útiles nunca habían perdido su trabajo.

En Prusia no era la política tan calculada, sino triste y desanimada. Mr. de Hardenberg, reputado siempre por enemigo de Francia, había solicitado y obtenido de Napoleón la autorización para ser el primer ministro de Prusia. Le había pedido el rey que le dejara escoger este ministro, diciendo que era hombre de talento, el único de quien se podría valer útilmente en las actuales circunstancias; que con su auxilio se podrían realizar las reformas indispensables y pagar á Francia lo que se le debía. No considerando Napoleón como enemigo á un personaje que se hacía recomendar de este modo, y muy sensible sobre todo á la esperanza de ser pagado por la Prusia, consintió en dejar subir á Mr. de Hardenberg al ministerio, y éste en efecto había ejecutado algunas útiles reformas, adoptado algunas providencias dictadas por el espíritu liberal, como igualar las contribuciones, abrir el camino de los grados á todos los oficiales del ejército, lo cual había ofuscado á unos, encantado á otros, satisfecho á la mayoría, y fué presentado por Mr. de Hardenberg á Napoleón como una imitación francesa, al partido germánico como una de aquellas reformas que debían adherir las masas al gobierno del rey y proporcionar algún día los medios rentísticos y militares de emancipar la Alemania. Mr. de Hardenberg y los ministros prusianos habían imaginado para el ejército un arbitrio, convertido después en sistema

permanente de Prusia, y consistía en tener muchos soldados, teniendo al parecer pocos. Se debe recordar que un artículo secreto del tratado de Tilsit prohibía que Prusia tuviera más de cuarenta y dos mil hombres bajo banderas. Para eludir este artículo se eligió lo más selecto del ejército prusiano y se formaron cuadros; después se hicieron pasar á estos cuadros los más hombres que fué posible, instruyéndoles lo más pronto y lo mejor que fué dado, y dándoles de seguida licencia para ir á sus campos, y llamando á otros con quienes se hacía lo propio. Así se contaba con tener en caso de necesidad ciento cuarenta mil hombres en vez de los cuarenta y dos mil permitidos por los tratados. En el depósito del regimiento se guardaban las armas y el equipo de los soldados licenciados temporalmente á sus campos, y se esperaba que por virtud del odio inspirado á la nación prusiana á consecuencia de sus infortunios, estos soldados, retenidos apenas un año bajo banderas, se portarían cuando la ocasión lo requiriera como las tropas más aguerridas. Lo porvenir debía justificar esta esperanza. Efectivamente, los corazones rebotaban en Prusia de odio inaudito contra Francia. Toda la juventud de las clases elevadas, toda la de las clases medias, nobles y hombres del estado llano, sacerdotes y filósofos se juntaban en sociedades secretas que tomaban diversos nombres, *Liga de la virtud*, *Liga germánica*, sociedades en las cuales se prometía no amar más que á Alemania, no vivir más que para ella, olvidar toda diferencia de clase ó de provincia, no admitir que hubiera nobles y no nobles, sajones, bávaros, prusianos, wurtembergueses, westfalianos; rechazar todas estas distinciones, no reconocer más que alemanes, no hablar más que la lengua de Alemania, no usar telas más que de sus fábricas, no consumir más que productos salidos de su seno; no amar, no cultivar, no favorecer más que el arte alemán, dedicar en fin todas sus facultades sólo á Alemania. Así el patriotismo exaltado de Alemania se sumía en la sombra y en el misterio, satisfaciendo en esto á la par una necesidad de la situación y una inclinación del genio germánico.

Colocados sobre este volcán el rey y Mr. de Hardenberg eran víctimas de perplejidades crueles. Por escúpulo el monarca, al modo que el emperador de Austria por prudencia, propendía á no romper con Napoleón, pues estaba comprometido con él con las promesas de fidelidad más solemnes, con la esperanza de salvar los restos de su monarquía. Mr. de Hardenberg, en una situación harto semejante á la de Mr. de Metternich, buscaba por qué lado podría sacar para su país mayores ventajas. Mirándole el partido exaltado alemán de mal ojo por su aparente cambio de conducta y por algunos rigores obligados contra las asociaciones secretas, se hallaba no obstante dispuesto á perdonarle, á condición de que fuera instrumento de una perfidia patriótica del todo y de la cual nadie hacía en Berlín caso de conciencia. Esta perfidia consistía en tomar pretexto de la situación amenazadora de Europa, para armarse y armarse muy activamente; en hablar á Napoleón de alianza con el fin de que tolerara estos armamentos; en ofrecer, en prometer y hasta en firmar esta alianza, si era necesario; y llegado el momento, en meterse en la vieja Prusia con cincuenta mil hombres y en juntarse á los rusos para abrumar á los franceses, mientras que

la Alemania toda se levantara á sus espaldas. Sin examinar la legitimidad de política semejante, y admitiendo que al que aspira á la emancipación de su país le es lícito mucho, habría hartos que decir en contra desde el punto de vista de la prudencia. Efectivamente Prusia podía perder en este formidable juego los vestigios de su existencia. Temíanlo el rey, Mr. de Hardenberg y algunos espíritus sensatos, y llamaban locura á tal conducta. Procurando atraerlos á sus miras, los hombres ardientes del partido germánico divulgaban mil rumores alarmantes y procuraban inculcar la idea de que Napo-



El rey Federico Guillermo de Prusia

león intentaba apoderarse del rey y aun de la monarquía, cayendo sobre Berlín de repente, lo cual era falso de todo punto, aunque se podía realizar sin embargo, si Prusia cometía alguna imprudencia, pues recibiendo Napoleón noticias tales, estaba en guardia y había ordenado al mariscal Davout que se trasladara á Berlín al primer peligro.

Perseguidos así el rey y Mr. de Hardenberg por los más siniestros fantasmas, adoptaron en parte el plan que se les aconsejaba, menos la perfidia, que repugnaba tanto á la rectitud del rey como á su prudencia. Resuelto habían armarse, y se armaron realmente por medio del arbitrio ya explicado, y bien que se hubieran atenido á la fuerza efectiva de cuarenta y dos mil hombres, les era dado reunir de ciento á ciento veinte mil en poco tiempo.

Pero si podían engañar sobre el verdadero número de las tropas disponibles, no había manera de que ocultaran ciertos preparativos, como por ejemplo, los que se hacían en las plazas dejadas á Prusia. Napoleón poseía

las fortalezas más importantes del Oder, Custrin, Stettin, y además las dos plazas de mayor monta del Vístula, Thorn y Dantzick, pero aún tenía en su poder el rey Federico Guillermo á Breslau, Neisse, Schweidnitz en la alta Silesia; Spandau hacia la confluencia del Sprée y el Hável, Graudentz junto al Vístula, Colberg en el litoral de la Pomerania, Pillau junto al Frische-Haff, sin contar Koenigsberg, capital de la vieja Prusia, y había desplegado grande actividad en la habilitación de estas plazas, sobre todo en las de Colberg y Graudentz. Se empleaban más particularmente con la denominación de jornaleros los veteranos, cuya conservación era importante, y así se tenían bajo mano más de los cuarenta y dos mil hombres permitidos por los tratados. Cuando el rey y Mr. de Hardenberg no pudieran disimular estos armamentos, su intención era declararlos, explicar el motivo de hacerlos, que era el plan atribuido á Napoleón de comenzar la guerra contra Rusia por la sujeción de los vestigios de la monarquía prusiana, hablar como gentes desesperadas, y colocar á Francia en la alternativa de admitir su alianza sincera al precio de una garantía solemne de su existencia y de diversas restituciones territoriales, ó tenerles por enemigos encarnizados, luchando hasta el último hombre por defender su independencia. A la verdad esta era la política menos aventurada, aun cuando tenía también sus peligros; y por lo que hace á la propuesta de alianza, se explica de parte del rey y de Mr. de Hardenberg por la opinión generalizada á la sazón en Europa de que aspirar á combatir á Napoleón era un delirio. Con tal manera de pensar, aun detestando á Napoleón como opresor de Alemania, creían más prudente el rey y su ministro aliarse á él, rehacer, ayudándole, la situación de Prusia, rehacerla á costa de quienquiera que fuese, más bien que exponerse á la destrucción definitiva.

A tal punto habían llegado las cosas que era menester hablar claro, pues ya era imposible disimular por una parte y otra. Efectivamente, avisado Napoleón de todos puntos, había prevenido al mariscal Davout que estuviera alerta y se preparara á dirigir la división de Friant hacia el Oder, con el fin de cortar al rey de Prusia y á su ejército sobre el Vístula, con el fin de coparle al primer acto hostil y juntamente á la mayor parte de sus tropas, y había mandado también á este mariscal que tuviera prontos tres pequeños parques de sitio para apoderarse en algunos días de Spandau, Graudentz, Colberg y Breslau. Expedidas estas órdenes, encargó mucho á Mr. de Saint-Marsán, embajador de Francia, que tuviera una explicación perentoria con el gabinete de Berlín y le pidiera, bajo forma de ultimátum, el desarme inmediato y completo, y que se retirara si este ultimátum no era aceptado y entregara al brazo del mariscal Davout la monarquía del gran Federico. Estos pormenores bastan para demostrar cuánta gravedad tomaban los sucesos por todas partes.

Pasado habían y se preparaban otros no menos trascendentales á las mediaciones de Prusia, esto es, en Suecia y en Dinamarca. Dinamarca, sujeta como todo el litoral europeo á las leyes del bloqueo continental, era fiel á ellas hasta donde se podía esperar de un Estado aliado al defender la causa ajena, pues aunque Dinamarca mirara la causa de los neutrales como propia, en el punto á que habían llegado las cosas la causa

de los neutrales había desaparecido por desgracia bajo otra, la ambición de Napoleón. Compuesta Dinamarca de islas, teniendo parte de su fortuna en otras islas situadas allende el Océano, no podía vivir más que del mar, y aunque del mar se trataba en la cuestión suscitada, le parecía duro estar completamente privada de él ahora por tenerle libre algún día. Pero la probidad característica del gobierno y del país, el recuerdo del desastre de Copenhague, el odio contra los ingleses, el valor del príncipe reinante, su misma dureza, todo concurría á hacer de Dinamarca la aliada más fiel de Francia en el asunto del bloqueo continental. Pero, aun cuando el espíritu general fuese en tal sentido, la infidelidad de algunos individuos, los sufrimientos de otros, daba margen á que se violara á veces. Altona sobre todo, situada á algunos pasos de Hamburgo, servía aún para comunicarse con Inglaterra. Convertidos los negociantes de Hamburgo en franceses á pesar suyo, y sujetos por tanto á las rigurosas leyes del bloqueo, expuestos á la severa inflexibilidad del mariscal Davout, temiendo que fuera á registrar sus libros de comercio (como acontecía en ocasiones) para inquirir si mantenían relaciones con Inglaterra, sólo habían conservado en Hamburgo la residencia de sus familias, y tenían en Altona sus escritorios, sus libros y los registros de sus correspondencias. En Altona pasaban el día para atender á sus negocios, y de noche tornaban á Hamburgo para vivir con sus familias. Sobre todo se servían para sus correspondencias del correo de Altona, no osando fiarse del de Hamburgo, y aunque el rey de Dinamarca auxiliase á Napoleón francamente, no había podido avenirse á que se introdujera en Dinamarca la policía francesa con sus ingeniosas persecuciones. Vanamente repetía el mariscal Davout las reclamaciones sobre esta materia, pues el celo del rey de Dinamarca no podía igualar al suyo, aunque no distaba de semejarse el carácter de este rey al del mariscal ilustre. Por medio de los corsarios y del contrabando, á que la configuración del país tanto ayuda, se había atestado el Holstein de géneros coloniales, y obrando Napoleón respecto de este territorio como respecto de Holanda, había tratado de vaciar tal depósito, concediendo á los géneros coloniales dos meses de plazo para entrar en el imperio, mediante el pago de 50 por 100. Salióle bien la combinación ésta, recaudando de resultas hasta 30 millones, con lo que el Holstein quedó vaciado y no sirvió de almacén á los productos coloniales ingleses, y por esta parte suprimióse casi del todo el contrabando. Además Dinamarca nos había proporcionado más de tres mil excelentes hombres de mar para la escuadra de Amberes. No se podía pedir más á este bravo pueblo para la causa marítima, hallándose complicada de resultas de la política conquistadora de Napoleón con intereses tan extraños.

Bueno es añadir que á su fidelidad contribuía una causa, el miedo á Suecia, y bajo este aspecto hallaba el galardón de su conducta en la fidelidad de Napoleón respecto de ella. Habiendo perdido Suecia la Finlandia, más por la extravagancia de su rey que por la insuficiencia de las armas, abrigaba la culpable idea de resarcirse á costa del más débil que ella, es decir, quitando la Noruega á Dinamarca. Inflexible se mostró Napoleón sobre este punto. Pero para comprender esta nueva compli-

cación europea hay que explicar una nueva revolución sobrevinida pocos meses antes en Suecia, país que, después de Francia, era á la sazón el más fecundo en revoluciones.

Anteriormente se ha visto cómo fatigado el pueblo sueco de las locuras de Gustavo IV, que le habían hecho perder la Finlandia, se había desembarazado por medio de una revolución militar de este monarca insensato. Era el tercer príncipe tocado de enajenación mental en aquel tiempo. Cada país había atendido á tenor de sus instituciones á esta incapacidad de la autoridad suprema. En Rusia había sido asesinado Pablo I, en Inglaterra se había colocado respetuosamente á Jorge III bajo una tutela de familia, en Suecia un cuerpo de ejército sublevado quitó á Gustavo IV la espada y el cetro. Desde entonces Gustavo IV andaba errante como maníaco por Europa, expuesto á la compasión de todos los países y obteniendo en todas partes los respetos debidos al infortunio, mientras su tío, el duque de Sudermania, ascendido á rey sin haberlo solicitado, reinaba en Estocolmo tan prudentemente como lo consentían las dificultades del tiempo. A petición suya concedió Napoleón la paz á Suecia bajo condición de que se declararía inmediatamente hostil á Inglaterra, cerraría al comercio británico sus puertos y adoptaría todos los reglamentos del bloqueo continental. Así, para tener paz con Rusia y con Francia, se veía obligada Suecia á abandonar la Finlandia á la primera y á sacrificar su comercio á la segunda.

A este precio había recuperado la Pomerania sueca, la cual estimaba por una vieja preocupación nacional que le hacía ver en esta provincia su apeadero para el continente, como si un nuevo Gustavo Adolfo ó un nuevo Carlos XII hubieran debido bajar allí para vencer á Wallenstein ó á Pedro el Grande. A este precio había restablecido además sus relaciones mercantiles con el continente. ¿Pero de qué servía recuperarlas si adquiriendo la facultad de introducir mercancías de toda clase en la Europa continental, perdía la facultad de recibir las de resultas de las hostilidades con Inglaterra? Tras del inconveniente de ser bloqueada por tierra, venía el ser bloqueada por mar; no había hecho, pues, el enfermo más que volverse en su lecho de dolor del otro lado; verdad es que había mudado de sitio, especie de alivio momentáneo que engaña á la dolencia y hace pasar el tiempo al que padece.

Suecia había salido del apuro como los débiles tienen la costumbre, engañando. No hizo á Inglaterra más que una declaración ficticia de hostilidades, cerró sus puertos, pero dejando expedito el principal de todos, el mejor situado, el de Gothemburgo. Este puerto, situado en el Cattegat, frente por frente de las playas de la Gran Bretaña, á la entrada de un golfo profundo, ofrecía imponderables comodidades para el extraño sistema de contrabando imaginado en aquellos días. A este golfo de Gothemburgo y á las islas con que está sembrado se había retirado el contrabando inglés desde que abandonó la isla de Heligoland ante el amago de una expedición preparada por el mariscal Davout. La escuadra de guerra británica, á las órdenes del almirante Saumarez, estacionaba en la isla de Anhól ó en las diversas ensenadas del golfo de Gothemburgo. Al abrigo del pabellón británico centenares de buques de comercio descarga-

ban sin ningún disimulo en la costa de Suecia sus mercancías de todas clases, azúcares, cafés, algodones, manufacturas de Birmingham y de Manchester. Depositadas allí estas mercancías se trocaban sucesivamente por productos del Norte, tales como maderas, hierros, cáñamos, granos pertenecientes á Rusia, Suecia, Prusia, Alemania, y á veces por sedas en rama, de Italia y seguidamente se trasladaban al Báltico en buques, que se decían neutrales, y particularmente bajo el pabellón americano. Pequeñas divisiones inglesas, compuestas de fragatas y de navíos de setenta y cuatro, escoltaban los buques dedicados á este comercio, los llevaban por entre las Belt, á fin de evitar el paso del Sund, los libertaban de corsarios franceses, daneses, holandeses, y los convoyaban hasta las cercanías de Stralsund, de Riga, de Revel, de Cronstadt. Una señal convenida, que consistía en colocar una grímpola en el tope del palo mayor de estos buques, los hacía reconocer, como la voz de orden en una plaza de guerra, y los distinguía de cuantos hubieran querido deslizarse por medio de los convoyes. Bajo este aspecto, Napoleón tenía razón para decir que los neutrales, aun los que legítimamente llevaban el pabellón de los Estados Unidos, eran cómplices de los ingleses. Pero el principal desemboque de este comercio sobre el continente era el puerto de Stralsund, en la Pomerania sueca. Introducidos en este puerto como mercancías suecas los productos ingleses tenían libre acceso á Alemania después de la paz de Francia con Suecia. Un fuerte consignatario del país había despachado hasta mil carros de estas mercancías.

Así eludían los suecos las condiciones de su paz con Francia. A tal punto de esmero habían llevado este tráfico que hasta establecieron en torno de Gothemburgo un cordón de caballería, que bajo pretexto de epidemia impedía acercarse á todos, y que se vieran miles de fardos de contrabando extendidos debajo de tiendas, así como gran número de oficiales ingleses que iban á comer víveres frescos y á consolarse en tierra del fastidio de sus largos cruceros. Diversos agentes, enviados por el mariscal Davout, lograron romper el cordón, que no preservaba de otra epidemia que la del contrabando, y oyeron hablar los idiomas ruso y alemán, pero sobre todo el inglés, en aquel vasto establecimiento improvisado por el genio del comercio clandestino.

Tales hechos, ignorados un instante, no se podían ocultar á Napoleón por largo tiempo. Además una complicación reciente acababa de añadir nuevas singularidades á situación tan extraña. El duque de Sudermania, tío de Gustavo IV, no tenía hijos; lo más sencillo fuera adoptar por heredero al hijo del rey destronado. Pero los cortesanos del bando del príncipe destituido, y algunos de sus jefes, sobre todo, habían tenido el arte de hacerle odioso á Suecia. Contábanse entre los principales el conde de Fersen, nombre que había ya figurado en nuestra revolución, la condesa de Piper, y en fin, la reina esposa del príncipe reinante, que hacía alarde de pasiones poco propias de su nueva categoría. No había idea mala ni plan siniestro que no se imputara á este partido, y visto el odio que inspiraba, se había hecho imposible restablecer la sucesión en la familia de los Wasas, tomando por futuro rey al hijo del rey destronado, niños inocentes de las locuras de su padre. En tal apuro, el nuevo rey Carlos XIII adoptó á un príncipe

danés, duque de Augustemburgo y cuñado del rey de Dinamarca. También la corona de Dinamarca estaba amenazada de no tener herederos, porque su rey no tenía sucesión directa. Muchas personas sensatas de Suecia viendo en Estocolmo y en Copenhague dos tronos próximos á quedar vacantes, viendo la decadencia progresiva de su patria, amenazada á la parte de tierra por Rusia y á la del mar por Inglaterra, pensaban que para restaurarla era necesario volver á la famosa unión de los tres reinos escandinavos, que pudo dejar en lo pasado tristes recuerdos, bien que para lo porvenir no había otro modo de asegurar la independencia y la grandeza de estos tres reinos. Además pensaban que la reunión de las tres coronas y la alianza de Francia, harto distante para abrigar ningún mal designio contra Suecia y muy interesada en su independencia continental y marítima, constituían la verdadera política sueca. Ciertamente esta política era la verdadera, la que debían desear los suecos, la que debía desear á los suecos toda la Europa. Por desgracia, aun cuando cierto instinto nacional ayudase á las gentes ilustradas que la habían abrazado, entre los miembros del estado llano, que formaban el bando liberal, la unión de Calmar traía fatales recuerdos á la memoria, y la idea que se formaban del príncipe reinante de Dinamarca, severo y duro, ocupado enteramente en pormenores militares, no era adecuada á atraerlos á tales miras. Inclínándose del todo el duque de Sudermania, ascendido á rey de Suecia, á esta política tan prudente como profunda, se había aproximado bordeando, por decirlo así, á ella. No atreviéndose efectivamente á adoptar por heredero al rey de Dinamarca, adoptó al cuñado de éste, llamado á subir más tarde al mismo trono.

Nada tenía el duque de Augustemburgo, destinado así á ceñirse algún día las tres coronas, propio á seducir las voluntades; mas sí todo lo necesario para conseguir que se le estimara. Era frío, aplicado á los negocios y atendía mucho á lo concerniente á las tropas. No habiendo tenido aún tiempo bastante para conquistarse las inclinaciones del pueblo sueco, indeciso respecto de su persona, falleció de resultas de un accidente imprevisto y extraordinario. Se hallaba á caballo pasando una revista, y se le vió caer de repente y quedar sin ningún movimiento. Se le socorrió sin perder un instante, mas había pasado ya de esta vida. Nada anunciaba un atentado, y probóse que sólo una causa natural produjo tal desgracia; pero el pueblo sueco prendándose de pronto de viva simpatía hacia este príncipe tan tempranamente arrebatado, se persuadió de que un crimen interesado le había robado á su amor naciente. Con la violencia común de las pasiones populares se buscaron y designaron los criminales, bien inocentes á la verdad de este delito; eran, según decía el vulgo, el conde de Fersen, la condesa de Piper, la reina y todo el partido de la antigua corte. En su contra se profirieron atroces amenazas, que por desdicha no quedaron sin efecto. Algunos días después presidiendo el conde de Fersen, por virtud de su cargo en la corte, el duelo del príncipe finado, suscitó con su presencia una tempestad horrorosa. Acometido y envuelto por la plebe, fué arrastrado por las calles y degollado. Toda la Suecia se estremeció al saber este popular desafuero y conoció más el peligro de la situación de entonces. A medida

que se agravaban los sucesos, las personas ilustradas y Carlos XIII á su cabeza, se inclinaban mejor á la unión de los tres reinos y estaban tentados por dar un paso más en el sentido de esta política, ora adoptando al príncipe Cristián, primo del rey de Dinamarca y destinado á sucederle, ora yendo al objeto más en derechura y adoptando al mismo rey de Dinamarca. Ir hasta al rey de Dinamarca era muy atrevido, á causa primeramente de su reputación de aspereza y á causa además del orgullo de Suecia, porque esta nación hubiera querido imponer su rey á Dinamarca ó á la Noruega é incorporárselas, por decirlo así, pero no entregarse á Dinamarca, entregándose á su soberano, añeja y perenne dificultad de esta unión, pues cada uno de los tres estados consiente en absorber á los otros dos, pero no en unirse fraternalmente todos. Escoger al príncipe Cristián, llamado más tarde á ocupar el trono de Dinamarca, parecía una política más prudente y encaminada asimismo al fin deseado. Cabía hasta mantenerse á alguna más distancia del objeto, adoptando al duque de Augustemburgo, hermano del príncipe finado, y menos cercano que el príncipe Cristián al trono; pero en medio de este conflicto de ideas y de sentimientos, algunos espíritus cuyo número se aumentaba de día en día, tornaron sus miras á otro lado. Muchos suecos, propendiendo á Francia por afición á las ideas de su revolución famosa, por entusiasmo militar y también por aquel antiguo instinto que había hecho que Francia y Suecia se inclinaran una á otra, imaginaron que sería bien dirigirse al que levantaba y derruía tronos en Europa, á Napoleón. Se experimentaba respecto de él en Suecia algo semejante á lo que se sentía en España antes de la revolución de Bayona, es decir, una mezcla inaudita de admiración, de vehemente simpatía, de confianza por su genio militar y civilizador. Todo agradaba en él, excepto su bloqueo continental; pero hasta se lisonjearon de eludirlo ó de que serían dispensados de su observancia. Dirigirse al emperador de los franceses para obtener uno de sus deudos ó de sus capitanes era un pensamiento aún más popular que el de reunir los tres reinos escandinavos en uno solo, y que se acomodaba especialmente al genio belicoso de los suecos.

Inclinado el príncipe reinante al sistema de la unión de las tres coronas, bien que conociendo profundamente la necesidad de apoyarse en Francia, había despachado cerca de Napoleón á una persona de su confianza con una carta, en que le decía que su tendencia era trabajar por la unión de las tres coronas; que ésta era la mejor política á sus ojos; que sin embargo, nada quería hacer sin consultar al árbitro de Europa, al poderoso emperador de los franceses; que si este árbitro aprobaba tal manera de ver las cosas adoptaría su sucesor en la familia de los príncipes de Dinamarca, aproximándose más ó menos al objeto á que se propendía según las circunstancias; pero que si, por el contrario, quería Napoleón alargar su mano tutelar á Suecia y concederle un príncipe de su familia ó uno de los guerreros ilustrados bajo su mando, la Suecia le adoptaría con alborozo. Este enviado secreto tenía encargo de insistir en que el mismo Napoleón diese rey á los suecos.

Napoleón quedó más confuso que halagado por este mensaje. No le satisfacía lo bastante este sistema renovador de coronas, que consistía en colocar en los tronos

que vacaban ó iban á quedar vacantes á hermanos suyos ó cuñados, y después de unos y otros á sus mariscales, para persistir en él, y sobre todo á tal distancia. Acababa de experimentar que exigía grandes dispendios el sostener estos monarcas de creación reciente, que, á pesar de lo que costaban, resistían tanto por lo menos como los reyes antiguos, porque se veían obligados á hacerse instrumentos de la resistencia de sus pueblos, aumentada más con la presencia de reyes extraños. No le agradaba, pues, echarse encima nuevas dificultades de esta especie. Además había inspirado bastantes recelos á Europa con la creación de departamentos franceses en Hamburgo y Lubeck, sin que añadiera la elevación al trono de Suecia de un príncipe francés, que tal vez pronto se le declararía enemigo. Recordando toda la rectitud y profundidad de su talento tan luego como no le extraviaban las pasiones, quería mejor ver que las tres coronas del Norte se reforzaran por virtud de su unión contra Rusia y contra Inglaterra que proporcionarse el vano amor propio de levantar un nuevo trono francés en Europa. Por lo demás se había insinuado tan poco el príncipe francés que podía ser llamado al trono de Suecia que la elección posible no había ejercido influencia alguna sobre esta disposición excelente.

De consiguiente Napoleón respondió de seguida que no tenía príncipe ni general que ofrecer á los suecos; que á la sazón nada ambicionaba para su familia, ni para sus lugartenientes; que además podría ofuscarse la Europa, y la política enderezada á procurar para tiempo más ó menos remoto la reunión de las tres coronas del Norte era la mejor á sus ojos y la más digna del príncipe hábil que reinaba en Estocolmo; que á Suecia no le pedía más que el que fuera leal aliada de Francia, ayudándole á ejecutar las leyes del bloqueo continental contra Inglaterra.

Llegada esta respuesta, Carlos XIII no vaciló en seguir su inclinación propia. Sin embargo, no atreviéndose á abandonarse del todo á ella, resolvió adoptar al duque de Augustemburgo, hermano del príncipe finado. No queriendo el partido revolucionario y militar, que había derribado á los Wasas, ni un príncipe de esta familia ni al rey de Dinamarca, reputado como áspero y absoluto, inclinó á esta elección á Carlos XIII, no siendo realmente más que una repetición de la primera. Pero un nuevo incidente complicó otra vez más esta elección tan llena de azares. Aspirando á la reunión de las tres coronas Federico VI, rey de Dinamarca, y especialmente á verla cumplida al punto y sobre su cabeza, prohibió al duque de Augustemburgo aceptar la adopción con que acababa de ser honrado, y con un paso público dado en términos nobles é ingenuos solicitó la adopción de Carlos XIII en interés de los tres pueblos.

La reunión tan atrevidamente presentada y con especialidad bajo los rasgos de un rey de Dinamarca, que no sólo ofendía el orgullo sueco, sino que con su carácter efectivo ó supuesto asustaba á los numerosos parciales de las ideas nuevas, causó una especie de sublevación general, y la confusión de los ánimos vino á ser mayor que nunca. En situación tan extraña, que se prolongó todo el año de 1810, la opinión, cada vez más fluctuante y perpleja, volvióse de nuevo á Napoleón, sin llegar á penetrar sus designios. ¿Por qué, decían muchos suecos principalmente entre los militares, no

quiere Napoleón alargarnos su mano poderosa? ¿Por qué no nos da un príncipe ó un general suyo? ¿No tiene al bravo pueblo sueco por merecedor de tal fortuna?.. Hasta hablaban con cierta amargura de las gentes de comercio, que, esclavas de sus intereses, temían, por las tristes razones sacadas del bloqueo continental, que lo hiciera más completo la intimidad con Francia. Esta disposición, aumentada cada día por lo que apuraban las circunstancias, vino á ser general en breve.

Pensando y hablando de tal modo, se buscaba el príncipe ó el general que Napoleón podría designar á la elección de los suecos. Uno había, el mariscal Bernadotte, hombre de guerra y príncipe, enlazado con la familia imperial por su esposa, hermana de la reina de España, mariscal que había estado algún tiempo en las fronteras de Suecia y contraído relaciones con muchos naturales. Por la época en que se hallaba junto á aquellas playas, tenía encargo de amenazar á Suecia con una expedición que debía arrancar de Jutland y auxiliar á los rusos en Finlandia; pero secretamente recibió órdenes de no emprender ningún movimiento. Engalanándose de buen grado con méritos que no eran suyos, hizo valer su inacción respecto de los suecos, como si hubiera sido voluntaria en vez de prescrita. Halagando dondequiera á todos, por un vago instinto de ambición que despertaban todos los tronos vacantes ó próximos á estarlo, creóse amigos entre la nobleza sueca, cuyos gustos eran militares. Hábil en el arte de halagar á los demás y de elogiarse á sí propio, se granjeó algunos entusiastas que le miraban como príncipe cumplido. El nombre del antiguo general Bernadotte era, pues, el que pronunciaban algunos agitadores, como el de un pariente amado por Napoleón, de un militar que le había prestado inmensos servicios, y que valdría á Suecia, además de un gran lustre, todo el favor de Francia.

Esta idea propagóse rápidamente, y se hicieron nuevos esfuerzos para arrancar al oráculo mudo una respuesta que se negaba á darles. Recientemente había sobrevenido otro incidente, singular como todos los que señalaron esta revolución dinástica, y no era de índole propia á esclarecer las dudas de los suecos. Nuestro encargado de negocios Mr. Desaugiers acababa de ser destituido, á causa de haber entrado con un personaje sueco en una conversación de la cual se podía inferir que Francia se inclinaba á la unión de las tres coronas. Este esmero en desaprobador una idea, que era la suya á pesar de todo, probaba hasta qué punto Francia se empeñaba en que su opinión no fuera conocida. ¿Cuáles eran pues sus deseos?

En tan cruel apuro, teniendo el rey que hacer una propuesta á la comisión de los Estados reunidos, presentóles tres candidatos, el duque de Augustemburgo, el rey de Dinamarca y el príncipe de Ponte Corvo (Bernadotte). Bajo la influencia de Mr. Aldesparre, jefe del partido revolucionario y militar que había destronado á Gustavo IV, abrazó dicha comisión por resolución más prudente y menos aventurada, aunque originada á las claras en el sentido de la buena política, la adopción del duque de Augustemburgo, hermano del príncipe finado, por once votos, no obteniendo el príncipe de Ponte Corvo más que uno. Así se esperaba del todo vencer la oposición hecha por el rey de Dinamarca á la aceptación del duque de Augustemburgo.